DOS NOTAS:

EL DESCONOCIDO CONFIESA

Jacquelin Goldberg

Confiesan: el escritor en su lengua desencajada, una mujer en la sala de espera del ginecólogo, los amigos, en cansancio, San Agustín cuando se sintió solo entre las cosas.

Confiesa todo aquel que perdió interés en el soliloquio, costumbre de respirarse en la ducha y precipitar los matutinos bagazos del sueño.

Hablar de sí mismo, retener por instantes la mirada del otro. Decirse. La fundamental confesión. Luego habrán otras, más visibles, pero insignificantes. El cigarro sostenido, el movimiento de ciertas caderas, el cabello empuñándose en el espacio.

"La confesión no es sino un método de que la vida se libre de sus paradojas y llegue a coincidir consigo misma" (María Zambrano).

La confesión es maniobra de los lugares, arma con la cual el desconocido se ofrece cotidianamente.

En la calle, frente a una taquilla el desconocido siente la compulsiva necesidad de explicarse. En cinco minutos da cuenta de épicas circunstancias de familia, el calor, el drama de la tía con várices, el sobrino hospitalizado porque casi se le revienta la apendice. Nos enteramos por asalto de íntimos recovecos, sin que nos interese su necesidad de hablarse a solas frente a uno.

Cuando empezamos a entender la fastidiosa obligación de escuchar, cuando aceptamos un algo muy de estos lados, el desconocido confesor paga, da la vuelta y cruza la calle, dejando una aturdida e inútil hilacha de historia.

EL CALEIDOSCOPIO DE ENFRENTE

Los edificios suelen descifrarse a primera vista. Algo indica su origen, sus culpas. Las fachadas doblegan la intemperie con un lenguaje de viento y franjas de colores. Pero atrás, donde se hospedan gatos y basura, donde los charcos jamás secan su hediondez, siempre algo está por decirse. De hecho, el atrás está cada vez más atrás. Sin ojos, ni boca, ni piel para trepar la premura de la medianoche.

Entre las torres que interrumpen la mirada en una ciudad, los hoteles suelen ser de las más complicadas. Crecen y desaparecen en pequeñas calles. Se iluminan bajo nombres de discreta armonía. Nunca existen más allá de las fachadas. En su atrás sólo hay camiones y sábanas por subir. No existen para el común de la gente. Son "una pregunta cuya respuesta nadie sabe" (diría Cernuda).

Justo frente a mi ventana se erige un hotel. El atrás de un hotel. Tardé varios días en comprenderlo. Mis ojos se paseaban de un balcón a otro escudriñando la caleidoscópica imágen, su rareza de hombres desnudos, su metamorfosis de fin de semana.

Por aquello de que todos tenemos algo de vouyeurs, o mirones, he dedicado muchos desvelos a espiar desde mi propia almohada su perpetuo movimiento de cuerpos. Apago primero la luz — de ninguna manera puedo ser sorprendida —, luego me hago de unos potentes binoculares, abro las persianas y dejo correr el lente por cada uno de los diez pisos de la colmena de concreto y vidrio.

La cercanía entre ambas construcciones me permite seguir por largo rato la rutina de los huéspedes. He delimitado perfectamente cuales son las ventanas de las habitaciones, las de la pequeña sala, la ubicación del baño e incluso los gustos culinarios de algunos de los observados.

Es un hotel. No cabe duda. Un hotel para largas temporadas. Primero fueron las mesas en los balcones, todas iguales, blancas, incluidas en el espacio como por obligación. Más tarde la diversidad de rostros durante la semana en ciertos apartamentos. Ello ofrece la posibilidad de brincar de una ventana a otra, como en una película, regresar y continuar presenciando ceremonias nocturnas.

En el piso siete, en la ventana más oeste, estuvo un holandés. Quizás sea alemán, o sueco, o gringo. Antes de las diez de la noche se sentaba en un sillón a comer algo que debía ser semillas de girasol (o cotufas). Un breve interior blanco cubría sus abultadas geografías de hombre alto y con cauchos en la cintura. Pasaba largo rato concentrado en su labor. A veces se levantaba, buscaba revistas, periódicos. Los leía con lentitud. Siempre esperé que hiciera algo emocionante. Pero nada.

En la última ventana dos mujeres muy gordas, en pantaleta y sostenes, tejían. El ángulo de visión no permite más que unos pocos detalles.

En el cuarto piso — el perfecto para quien vigila desde mi apartamento — estuvieron un sábado tres mujeres en andanzas de película muda. Corrían, atravesaban las paredes como si se tratara de un set de telenovela. Traían y llevaban ropa. Se desvestían, se probaban faldas, blusas, se cubrían de nuevo. La más joven esperaba en ocasiones sentada sobre la cama.

En aquel mismo cuarto piso, cerca como nadie, un tipo moreno, muy atractivo, de lentes, tuvo durante seis o siete domingos la particular costumbre de hacer el amor sobre el borde del balcón. Siempre hubo una compañera distinta. Creo que le gustaban las rubias bajitas. Su escena comenzaba con una taza de café con leche. Ella se encontraba ya semi desnuda, él con un bluejeans a medio abrochar. Daban vueltas por todo el balcón, él parecía apremiar su virilidad sin demasiados resultados, lo que a ella desesperaba. Se besaban con fastidio. El asunto terminaba en suspiros, ella huyendo hacia el baño y él con un cigarro entre los dedos.

Una noche, escuché gritos que luego se convirtieron en retazos de boleros. Un tipo cuyo rostro no logré precisar en la oscuridad, pronunciaba en medio de una borrachera lo que probablemente era su alegato contra el amor y una súplica ante la montaña que muy de cerca parecía reclamar silencio. No sé si lloraba.

De vez en cuando hubo cosas interesantes. Gordas desnudas, calvos masturbándose, viejas en dormilona, lectores con lupa, niños persiguiéndose con pistolas de plástico. Todo un glosario de conductas e imágenes divertidas. Retazos iluminados que hablan de un turismo de nómadas convencidos.

Hace tiempo que no bajo del closet los binoculares. Me asomo, eso sí, todas las noches. Espero que algo interesante me obligue a enfocar la cotidianidad de mis cambiantes vecinos. Pero últimamente nada merece el esfuerzo. Mi hermano se queja, "en esta ciudad ya nada entretiene". Y es cierto. El moreno hace mucho que no se hospeda frente a nosotros, la gente en los balcones se cubre demasiado por el frío, cierran cortinas, apagan luces.

Mi antiguo caleidoscopio se niega a clandestinos oficios. Queda su atrás sin nombre, sus despreocupadas andanzas en medio de la noche; síntesis de quién sabe cuántas otras ciudades.